

Donde los glaciares encuentran el mar

Conversación de Rodrigo Toscano con Cecilia Vicuña

RT. Cecilia, a comienzos de noviembre tuvimos una estimulante conversación en una banca de Union Square, Nueva York. Fue una agradable sorpresa que nos encantaran los eventos pedagógicos que cada uno hizo recientemente. En tu caso, intervenciones poéticas, y en el mío, el trabajo de campo en políticas concretas. Estuvimos de acuerdo en que podíamos intercambiar estas definiciones fácilmente entre nosotros en términos de visión y propósitos.

Recuerdo que expresaste públicamente tu profunda preocupación por lo que definiste como *bullying* del capitalismo global contemporáneo sobre la capacidad de los jóvenes de conectarse con tradiciones de poesía oral que han sido reprimidas. Nos conocemos hace más de doce años, por lo que sabes que mi orientación es profundamente anti metafísica, poética y políticamente. Te soy sincero, si tu comentario hubiera venido de otra persona, me habría puesto a pelear con la noción de cualquier cosa “oral que ha sido reprimida”, pero como lo relacionaste con muchos ejemplos de antropóloga radical, organizadora comunitaria y bruja punk del infierno, bueno, ¡me interesó enormemente!

Para quienes vivimos atrapados en la *realidad* de nuestras jornadas de trabajo globales, ¿podrías contarnos experiencias recientes en que has “liberado” los poderes de la poesía oral en la juventud?

CV: ¡Claro! Se me vienen a la cabeza muchas cosas. Hace un par de años vi *El Rey Lear* en The Globe, el teatro shakespeareano de Londres, y durante el intermedio, unas juglares comenzaron a cantar mientras se mezclaban con el público. Un pequeño folleto describía cómo en la época isabelina la última de estas poetas fue colgada, porque cantaron “la verdad al poder”. La libertad de expresión era peligrosa entonces, como ahora, por lo que mataron esta poderosa tradición de poesía oral.

Ahora vamos a Chile. Desde la llegada de los españoles, los chamanes indígenas, que eran poetas orales y trabajaban como mineros, campesinos o pescadores, crearon una poderosa resistencia o movimiento antipoético, que consistía en cantar poemas improvisados durante las ceremonias religiosas. Por quinientos años la Iglesia católica y la sociedad chilena hicieron lo imposible para detenerlos, pero el dinamismo de su arte político y místico no perdió intensidad alguna. Por lo menos hasta ahora, en que está desapareciendo rápidamente por la economía globalizada, que ha destruido el modo de vida independiente de los mineros, campesinos y pescadores. Si agregas la penetración global de la televisión y de los videojuegos, tienes a adolescentes avergonzados de sus padres, a quienes nos les importan sus poéticas. Los muchachos ya no tienen idea que significa “decirle la verdad al poder”. Se les ha lavado el cerebro para que crean que la poesía es aburrida. Apenas me di cuenta de esto, decidí contrarrestar la muerte lenta de esta tradición.

Comencé en 1995 asaltando una escuelita en las montañas, disfrazada como una escultura o un juguete, cantando y jugando con los niños como si nos hubiéramos convertido en animales salvajes. Y todo esto en presencia de los directores, ¡que esperaban a una

maestra de buena fe, venida de Santiago! En un segundo todos bailábamos y gozábamos en el poder liberado de la alegría comunitaria. Pero dar rienda suelta a su capacidad de habla es otra cosa. Ha sido un proceso lento y continuo de varios talleres, porque el sistema escolar y la comunidad entera están en contra de manifestarse en voz alta, en contra de la poesía y de la idea de justicia. La nueva orientación social, que es además la dominante, es hacer dinero, simplemente adaptarse a las “formas modernas”, ¿o no? El reciente movimiento estudiantil chileno se rebela contra ese modelo y ha movilizado a un millón y medio de personas en las calles exigiendo el fin de la cultura del lucro. Una nueva dimensión oral emerge desde adentro de esta rebelión y mi propósito es tender un puente entre la energía de ese movimiento político urbano y la tradición poética, que le dé protagonismo a las dimensiones orales y poéticas del conocimiento. ¡Más que nunca, necesitamos que continúe!

RT: Totalmente, una conexión cruzada de las esferas alienadas del metabolismo social. El movimiento estudiantil chileno del último año fue un suceso global a gran escala. La clave está en sintonizar con él. El reciente movimiento estudiantil en Italia (14-N) fue crucial también y antes el español (15-M), el quebequense (Classe) y el mexicano (Yo Soy 132). Los efectos de las acciones inspiradas en Occupy a través de Estados Unidos han sido relevantes. Mientras muchos de los “trabajadores” profes de poesía estadounidense son intimidados por los requerimientos específicos (y degradados) de la industria para mejorar poemas individuales, todas estos paisajes increíblemente ricos en cuanto poéticas, son creados a diario.

Siempre me ha impresionado cómo tus acciones poéticas situadas (muchas documentadas ahora en la fascinante antología *Spit Temple*) muestran un compromiso absoluto con el “sitio”: la gente reunida, las dimensiones físicas de la sala, la hora del día, el *clima* ideológico de la semana, etcétera. Todas estas dimensiones del momento de la lectura son abordadas de tal forma que el público experimenta la distribución *performativa* de las ideas políticas y no sólo el “contenido” o la “forma” de un poema en particular. También hay una especie de atributo “escondido” sobre el proceso. Pareciera que la dimensión pre-semántica de tu poética es tan importante como la palabra completamente “presente”. Que centrarse en una sola palabra, en cualquier idioma, puede ser el primer acto en búsqueda de un sentido social mayor. ¿Cómo calza este atributo atómico, oral y distributivo, de tus actuaciones en tu cosmovisión social?

CV: Puedo contarte una historia. En 1984, en plena dictadura chilena, vivía en Buenos Aires y me sentía triste e impotente. De pronto, vi emerger una palabra, que brotó como un poroto en mi paisaje mental, no una palabra, sólo una partícula: “com” como en *compasión* o *compañero*, el *com* de lo communal reemergiendo como una pulsación. Escribí en mi libreta: “una palabra desconocida, una nueva forma toma vida: la convivencia y la conmoción.” Estas palabras no se traducen tan fácilmente al inglés, significan: ser capaz de vivir juntos, sintiendo lo que siente el otro. Guardé mi apunte y no le conté a nadie sobre él. Un par de días después fue la primera manifestación contra la dictadura en Chile, el primer levantamiento de la fuerza colectiva que había sido reprimida. Ahora, ¿cuál es la conexión entre el poder que empuja la partícula “com” en una hélice (como la dibujé años después en *Instan*) y la rabia colectiva de un pueblo despojado de sus derechos? Tú sabes, la gente solía referirse al otro como “compañero”

antes de ser aplastada. Creo que hay un campo emocional que atraviesa el tiempo y el espacio, un profundo anhelo de justicia en el núcleo del lenguaje mismo. Si los poetas antiguos que acuñaron estas palabras venían del mismo campo, entonces cualquier palabra puede ser un vehículo espaciotemporal, comunicando muchas esferas a la vez.

Respecto a las múltiples dimensiones de “lo situado”, he trabajado por mucho tiempo en una serie de poemas y traducciones de un poema yaqui del desierto de Sonora. Para los yaquis, el espacio y el lugar son “estados del ser”, en otras palabras, los “sitios” y las dimensiones son formas de conocimiento: las ves cuando estás consciente (una noción que coincide con la visión cuántica de lo no-local). Tú, Rodrigo, las ves porque eres un poeta y un activista, además de una persona que en su juventud efectivamente atravesó muchas dimensiones del desierto como camionero.

La poesía vive en el límite, haciendo de puente entre lo conocido y lo desconocido. Para mí, los atributos de lo “real” *son* lo desconocido. Pienso que las múltiples dimensiones son percibidas como una amenaza para la mentalidad lineal y esta es la razón por la que mi trabajo (y el de muchos poetas) ha sido pasado por alto. Aunque falta un marco conceptual para lidiar con la fluidez de la mente oral, la oralidad no es algo exótico o remoto, está acá, entre nosotros, como potencial no reconocido u olvidado. McLuhan notó esto y dijo que la era digital la traería de vuelta. Para mí, la permanente tensión entre la oralidad y la escritura crea una imagen más viva de quienes somos. Considero que Rosa Alcalá creó un excelente marco teórico en su ensayo introductorio para *Spit Temple* cuando se preguntó “¿qué hace esta mujer?” ¡Algo sucede incluso antes de que lo leas! Así es como llegué a mi poética, manteniéndome en la pregunta, aun hoy. De nuevo, el aspecto clave de este arte es *no saber*, abrirse a las posibilidades del momento, a las combinatorias.

A veces llamo a mi performance “cuásar”, porque son eventos de puro potencial, en los que nada está planeado y todo está por suceder. Pero no es pura improvisación. Es mucho más complejo que eso, el punto de partida es un campo intencional, en el que interviene el trabajo de toda una vida. David Hinton escribe sobre este proceso como pura “energía generativa”, un término del antiguo taoísmo chino. Ese cuerpo de pensamiento resuena realmente en mí. De hecho leí el *Tao Te Ching* cuando era una adolescente en Chile y me influenció profundamente. Reconocí en sus líneas nuestra propia forma de ser (dicho sea de paso, el *Tao Te Ching* también es un poema oral). Entonces (a mediados de los sesenta), las culturas orales aún eran fuertes en Chile. Podías tener la doble experiencia de oír a los poetas cantar y los leías también. La poesía encarnaba este doble poder. Además caminé mucho tiempo por las montañas. Como dicen los chinos, “las montañas saben bastante”. Mirándolas una noche, experimenté las palabras y cada una era una explosión de conciencia. Tenía dieciocho años y me reí tan fuerte que desperté a la gente en la otra pieza. Me reí al comprender que la conciencia y el lenguaje eran uno, espejeándose entre sí, jugando a través de nosotros. Todo esto ocurría en 1966, en el contexto de una ola revolucionaria fantástica que sacudía a toda Latinoamérica, desde Brasil hasta Chile.

RT: Cecilia, hasta los poetas más escépticos, analíticos y “materialistas realistas” que conozco parecen tejer mitos auto habilitantes acerca de su desarrollo artístico. ¡Y los

tuyos están llenos de epifanías luminosas! Me sorprende mucho la corriente de momentos reflexivos que llaman a otros momentos, separados por décadas, tejiendo un rico tapiz continuo de tragedia y de gozosa renovación. Pero estos momentos también surgen de las condiciones específicas en que has vivido.

Me pregunto si hubo algún antecedente familiar que también formara tu pensamiento social y político. ¿Fue esta la influencia que impulsó la poética que te mueve hasta hoy?

CV: Cuando pienso en cómo llegué a ella, veo muchas tragedias comprimidas en mi pequeño cuerpo, tragedias que me abrieron a experimentar la visión atómica de las palabras. Fue en los sesentas en Chile al pie de las “nieves eternas” como solíamos llamar a los glaciares que hoy se derriten rápidamente. Para llegar allí debo darte algo de contexto. Nací en uno de los pocos intervalos de paz en Chile. Justo antes de mi nacimiento hubo conflictos sociales brutales y mi abuelo Carlos Vicuña Fuentes estuvo preso o exiliado varias veces por luchar por los derechos humanos. Cuando crecí, su casa se convirtió en un cenáculo, esto es, un salón para el debate político. Cada domingo, refugiados de la guerra civil española se juntaban con escritores e intelectuales chilenos. Los niños los escuchábamos hablar por horas. Era tal la pasión por la justicia social que se sentía en la sala, que cualquier sacrificio por ella parecía insuficiente. Lo que estaba en juego era el bienestar general y esta idea penetró profundamente en mis venas. Me parece que fui entrenada por el poder de esa emoción, mezclada con gritos y tragos y el jolgorio general que empujaba fuera a los niños, aunque nosotros volvíamos gateando sin que nos vieran, para escuchar más. Recuerdo que “Vicuña” (mi abuelo) hablaba en público y la multitud se agolpaba para oírlo. Creo que componía sus discursos oralmente y recuerdo no sólo las palabras, sino también como el gentío vibraba, literalmente, respondiendo con el cuerpo a su llamado a la justicia. Todo estaba vivo, la luz afuera, el olor de la pieza, la sensación colectiva de que éramos uno. Simplemente no había espacio entre nosotros para la idea de un “yo” separado ni de un “uno mismo” desconectado del cosmos y de la lucha social. Estar vivo era parte de un océano multidimensional de belleza y dolor. Y había mucha poesía en nuestras vidas. Mi abuelo era escritor y editor. Neruda y Gabriela Mistral eran sus amigos íntimos. También publicó a Vicente Huidobro. A los catorce años leí *Altazor* y *Temblor de cielo* en las ediciones de bolsillo que el había hecho. Dormí con esos libros bajo mi almohada y experimenté el acto de leer tal como experimentaba los eufóricos discursos orales. Ambos fueron viajes hacia la totalidad. Huidobro dice que un aimara en Bolivia le transmitió su visión de las palabras. Pero para mí estaba ahí mismo, en la memoria de la tierra, en la poética de ese majestuoso lugar donde los glaciares encuentran el mar.